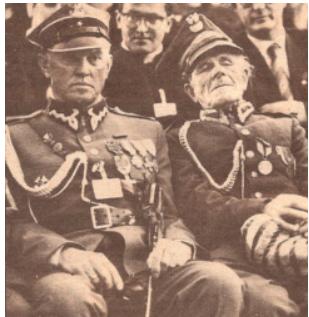


**El semen de los generales**



*El semen de los generales* es un retablo por el que desfilan, desordenadamente, políticos, militares, diplomáticos, mediadores, embajadores, cónsules, obispos, traficantes, guerrilleros, negociadores, periodistas, mafiosos, emisarios, terroristas, valientes, cobardes, inocentes, culpables, pactos, alianzas, acuerdos, hambre, contrabando, desolación y guerras.

Es un mosaico que mezcla la ficción con los hechos reales publicados en la prensa entre los meses de febrero y marzo de 1989.

Lo que se publica, lo que nos llega, lo que sabemos, no es más que la punta del iceberg. Detrás, entre bastidores, ellos eligen los decorados, escogen los actores y nos indican el momento en el que tenemos que aplaudir o silbar la representación.



Soplan vientos de paz  
sobre nuestras cabezas.  
Un vuelo de palomas  
besa el cielo de El Cairo.  
El enemigo espera agazapado.  
El enemigo siempre  
espera agazapado.  
Cadáveres al sol,  
yacimientos de carne mutilada.  
La muerte se levanta temprano  
y sobrevuela  
los campos de batalla.  
Misiles y machetes,  
un punzón afilado  
o una granada,  
cualquier objeto es útil a la muerte  
y se transforma en arma  
en las manos del hombre.  
El semen de los generales  
engendra la violencia.  
Semilla del diablo.  
Cauce de sangre y miedo  
que acallará la voz  
de las revoluciones.  
Los versos del poeta  
agitán los infiernos.  
La mano del profeta  
señala a los culpables.  
La blasfemia se paga con la muerte,  
el ataque a los dioses  
se paga con la muerte.  
La amenaza del sable  
no admite condiciones  
Doctrina y ortodoxia,  
acuerdos, compromisos...  
Mediadores que exportan  
la muerte que ellos mismos,  
en público, lamentan.

Conferencias de paz  
donde se sientan  
las bases de la próxima contienda.  
Campanadas de muerte a medianoche.  
Antes de amanecer,  
ocultos por la niebla,  
los monstruos de Jitomir  
atraviesan Europa.

Llueve sobre Kigali.  
Se han callado las armas.  
Los hijos de Kabul  
fabrican ataúdes.  
Después cesa la lluvia.  
Huele a tierra mojada  
y a doctrinas.  
Con la cara aplastada  
contra el barro,  
escucha el chapoteo  
de botas en el agua.  
Mira hacia el cielo,  
como si fuese el mar,  
y ve mudar las nubes  
con formas de animales  
y de sueños.  
Recuerda que de niño,  
siempre le dieron miedo  
las tormentas.  
Eran el protocolo  
del gran juicio final.  
La cólera de un diós enfurecido,  
de gesto adusto  
y semblante severo,  
atravesando el cielo con sus rayos.  
Un iracundo Dios  
flanqueado de ángeles  
con túnicas azules  
y trompetas doradas,

que con un gesto firme  
pondría a su derecha  
a los hombres más justos  
y pondría a su izquierda  
a los culpables,  
hombres de poca fe,  
humanos pecadores,  
quemados sin piedad  
en las eternas llamas del infierno.  
Siempre se preguntó  
cómo sabría Dios quienes eran los justos.  
¿Es más justo matar  
que ser matado?  
Chapoteo de botas.  
Oscuras nubes grises  
se bañan en los charcos.  
La humedad se cobija entre sus huesos.  
Ahora tiene frío,  
está temblando.  
Alguien se acerca,  
se para frente a él  
mirándole a los ojos.  
Sabe que va a morir  
pero no siente miedo.  
Nunca pensó en morir de esa manera.  
En realidad,  
nunca pensó en morir,  
aunque sabía  
que, más pronto o más tarde,  
todos han de morir.  
Fueron pocos segundos,  
los que tardó en armar la bayoneta  
y estrellar el fusil  
contra su cuerpo.  
A él le pareció una eternidad.  
que pasó por su mente  
en un instante.  
Sólo sintió el calor

y el filo del metal  
abriendo sus entrañas.  
El enemigo parece sonreir,  
no puede asegurarlo  
porque lo ve borroso,  
pero siente otra vez  
entrar la bayoneta.  
Otra vez el calor.  
Luego el silencio.  
En ese mismo instante,  
en un lugar del mundo,  
sobre una vieja mesa de madera,  
alguien firma la paz.  
Un acuerdo de paz.  
Un armisticio.

Abjura Galileo.  
Los agámidos buscan  
el sol entre las ruinas.  
Túnez mendiga pan  
y recibe promesas.  
Se propaga la muerte  
en Praga y en Varsovia.  
La muerte no envejece,  
no sabe religión  
ni geografía,  
no distingue países  
ni personas.  
La muerte se alimenta de sotanas,  
de hombres y mujeres,  
de soldados, de jóvenes, de niños,  
de bestias y uniformes.  
La muerte se alimenta  
de panes y de peces,  
de sueños y promesas.  
Cualquier hombre, mañana,  
puede ser sospechoso.  
Cada frontera puede

desatar un conflicto.  
Infierno en Budapest.  
Vuelo rasante,  
mordisco de metralla.  
Prófugos,  
desertores,  
insumisos,  
corren desnudos  
hacia la madriguera.  
Fuego de represalia.  
La muerte se alimenta de inocentes  
y paga su servicio  
con condecoraciones y medallas.  
Tiembla la tierra,  
estrépito y cadenas.  
Los carros de combate  
agrietan el asfalto.  
Sus penes gigantescos  
eyaculan metralla,  
semen de muerte y fuego  
que calcina la tierra  
que fecunda.  
Mérida engalanada  
de vidrios y basura.  
Barricadas de miedo  
rodean Maracaibo.  
El impacto de un ángel  
contra los submarinos  
perfora el fuselaje del planeta.  
Ha de volver la muerte  
a manos de los dioses.  
Se tambalea el mundo,  
ruedan las esmeraldas  
por la arena.  
Las aves del horror  
sobrevuelan Pristina  
y aflojan su excremento  
sobre la ingenuidad

de las revoluciones.  
Tiranos,  
Faraones,  
Mariscales,  
vampiros de la sangre confiada,  
erigen sus estatuas  
sobre los huesos de los humillados.  
Sentados en la mesa,  
los interlocutores se saludan:  
Diplomáticos, cónsules,  
mediadores, ministros,  
delegados, espías,  
portavoces y obispos,  
se miran, se sonrien,  
y en su largo silencio  
la noche los abraza.  
Lejos de los palacios  
bajo un cielo quemado por el odio,  
cansados como niños,  
los generales duermen  
poblados de medallas.

Rosas de fuego crecen  
después de la batalla.  
La luna se sumerje  
en el brazo de un yonky,  
y ausente y ciega, duerme  
la ciudad sumergida.  
La historia se pregunta,  
¿qué buscan estos monos  
disfrasados de rancios uniformes?  
Mutantes travestidos,  
portadores de emblemas  
y estandartes,  
dispuestos a matar por una patria,  
dispuestos a morir por la bandera.  
Centauros reciclados,  
centinelas del orden venidero,

guardianes de un pasado corrupto y carcomido.  
Ellos son la simiente del hombre del futuro, víctimas del ayer, verdugos del mañana.  
Responsables del hambre permanente, de los vientres hinchados y las moscas.  
Aquellos que hoy agrandan su nación a bocados, mañana vagarán errantes por la tierra.  
En este mundo atroz, huérfano de futuro, mañana ya es ayer y ayer no se recuerda.  
Lloran dos mil cerezos milenarios, desnudos, bajo el peso esponjoso de las nubes de enero.  
La flor del crisantemo se marchita en Tokio.  
Un espejo ovalado, un jardín y una espada, y doce monjes mudos ocultos en la sombra.

Los ojos del Islam miran amenazantes.  
De noche son iguales el martir y el hereje.  
Los jóvenes reniegan de los nuevos profetas.  
Sueñan un paraíso con hermosas mujeres, pero en las barricadas se cuece, a fuego lento,

su carne aderezada  
con sangre y con arena.  
Y mueren asustados,  
en medio del silencio,  
con los ojos abiertos  
y las manos vacías.  
Mientras, en otra parte,  
tal vez en Sarajevo,  
con su burda sonrisa  
mohosa y congelada,  
el general preside  
los actos de homenaje,  
y ante sus ojos, llenos  
de humo y de metralla,  
desfilan los soldados  
con sus guantes de seda  
y con sus galas.  
Todos al mismo paso,  
con sus estrafalarios uniformes.  
Luego empieza la fiesta,  
el baile de chaquetas  
y corbatas.  
Ondeá en los salones  
la consigna:  
*Combatir las palabras*  
*con palabras;*  
*las armas, con las armas;*  
*la fuerza, con la fuerza.*  
Los grandes mandatarios  
afilan sus cuchillos,  
intercambian sonrisas  
y saludos,  
una vez y otra vez,  
se dan la mano,  
acompanan su agenda:  
Citas bilaterales,  
cumbres y conferencias,  
reuniones y congresos.

¿A quién creen que engañan  
estos buitres,  
camuflados detrás  
de sus trajes oscuros,  
sus oscuras corbatas,  
su corazón oscuro?  
A salvo de las balas,  
protegidos,  
su semen se derrama  
entre las piernas de las prostitutas.  
Los ojos del Islam  
miran amenazantes  
y occidente bosteza.  
Sumida en el letargo,  
la vieja Europa  
dormita confiada.  
Los viejos combatientes,  
perdidos en la niebla,  
descubren que la historia  
les ha vuelto la espalda.  
Confusos y olvidados,  
lejos de renegar de su fortuna,  
dejaron su mirada suspendida  
entre la estrecha luz  
de una alambrada.  
¿Con qué bandera cubren  
su vergüenza los dioses?  
Es difícil vivir  
después de la batalla,  
difícil caminar  
sin armas en la mano,  
difícil sonreir,  
difícil respirar  
sin enemigo enfrente,  
alguien a quien matar,  
un objetivo.  
Envueltos en nostalgia,  
sin lamentos,

sin ira,  
sin reproches,  
sin levantar la voz,  
sin pedir nada a cambio,  
o casi nada,  
los viejos combatientes  
se diluyen.

Duerme Roma la larga  
vigilia del ocaso.  
Un barco merodea  
los perfiles de Argelia.  
Las brujas de Rabat  
se ocultan en las urnas.  
Víctimas y verdugos,  
un duelo de titanes.  
La cólera de Dios  
todo lo purifica,  
exilios y venganzas,  
fronteras y desiertos.  
Te mira fijamente,  
se enfurece y dispara  
el dardo de la muerte  
contra los elegidos.  
En primavera, Praga  
se engalana de flores,  
y salen a la calle  
los santos en Belgrado.  
Jueces y magistrados  
se sacuden el polvo,  
y miran a otro lado  
con las manos atadas.  
Los políticos callan,  
los generales duermen  
con el pecho poblado de medallas.  
Campesinos con hoces  
y obreros con martillos  
sueñan un nuevo orden,

que es el orden de siempre.  
Planea la injusticia  
sobre los humillados,  
que se muerden los labios  
con impotencia y rabia.  
Se absuelve a los culpables  
y la causa se archiva  
dentro de la carpeta  
de: “Secretos de estado”.  
Emergen las naciones.  
Sobre las sinagogas  
se edifican los muros  
del futuro,  
se elevan los cimientos  
del día de mañana.  
Saluda el presidente.  
Su vida es un tesoro,  
(piensan los guardaespaldas),  
pero la mafia habita  
los lugares ocultos de la tierra,  
los pequeños rincones.  
Las mafias extranjeras  
se calientan al sol  
de las costas de España.  
Han movido su ficha los gigantes,  
pactan una salida  
honrosa y aparente,  
sin sangre derramada,  
un asalto inminente  
para pacificar tantas revueltas,  
una acción teatral,  
un espectacular golpe de efecto.  
Pero bajo la mesa,  
es otra la estrategia,  
son otros los acuerdos,  
los términos pactados.  
Malabaristas, magos,  
equilibristas del acuerdo,

funambulistas de la diplomacia,  
retóricos del trueque  
y del papel mojado,  
todos guardan un as  
bajo la manga.  
Cuando dicen:  
“un acuerdo de paz”,  
quieren decir:  
“borrar del mapa al enemigo”.  
Matar es un deber  
cuando es Dios quien lo manda.  
Escándalo en el norte,  
apoyo y subvención a la guerrilla.  
¿Quién le vende las armas al rebelde?  
¿Quién le instruye?  
El mundo se divide en dos facciones,  
de un lado, los que matan,  
del otro, los que juzgan.  
Doce jueces vigilan la fe de Sarajevo,  
verdugos de la luz y de la dignidad,  
retiran los espejos y alientan el suicidio.  
Cuando la dignidad es un castigo,  
los mediocres encuentran la salida  
y por ella se escapan asustados.

La rebelión de Adonis amanece.  
Hoy avanzamos solos,  
mañana volverán a ser millones.  
La rebelión de Adonis continúa,  
fomenta el patriotismo.  
Aulas rebosantes.  
Cultura comprimida.  
Crecieron entre himnos y oraciones,  
siguieron el camino  
que siguieron sus padres,  
los padres de sus padres,  
los padres de los padres de sus padres.  
Ningún hombre ha vivido

sin que hubiera una guerra  
en un lugar del mundo.  
Recogieron el fruto  
que sembraron sus padres,  
la nada en una mano  
y el futuro en la otra.  
Pero el futuro es sólo un espejismo,  
un sueño para seguir viviendo,  
una manera de perder el tiempo.  
No podemos usar una misma palabra  
para nombrar dos cosas diferentes.  
Vida y muerte, sin duda,  
son palabras distintas.  
Son palabras distintas,  
vencedor y vencido.  
Derrotas y victorias,  
son palabras distintas.  
Pero en cualquier momento,  
estallan en sus manos las cerezas  
y el ángel de la muerte  
sobrevuela Polinje.  
Plegarias y oraciones,  
torturas y exterminio,  
tierra sobre las fosas  
óxido en los fusiles.  
Sin tregua y sin descanso,  
los fallos de metal vomitan lava,  
semen mortal,  
carne despedazada,  
reventada,  
podrida.  
Ya no caben más muertos en mi frente.  
Ya no caben más fosas en mi alma.  
Velan en las trincheras  
los hombres asustados.  
Duermen los generales  
con el pecho saciado de medallas.  
En Berlín todo el mundo

esquiva la mirada,  
cada mano recela de la otra,  
cada hermano recela de su hermano,  
cualquier gesto levanta una sospecha.  
Unos ojos que miran  
tapados por el ala de un sombrero.  
La sospecha circula  
libremente en sus calles.  
Doce sombras recorren  
los pasillos de Esclimont.  
El este se desangra.  
Corre de norte a sur  
la contagiosa fiebre del dinero.  
Se desliza el otoño  
por las grietas del Kremlin.  
Nada crece sobre las viejas ruinas  
hoy que Moscú recobra la palabra.  
Recuerdos de un Moscú  
sombrío y mudo,  
estaciones vacías  
y trenes fantasmales.  
Gitanos de Estambul y Macedonia,  
venden, de contrabando, el paraíso.  
El Vaticano lanza  
las campanas al vuelo.  
Discursos y homilías:  
*No debe confundirse el amor  
con el sexo*, vociferan.  
Pero ellos, lo confunden.

Tensa calma en Asmara  
tras la tregua.  
Miles de corazones evacuados.  
Alguien quiere salir,  
podemos ayudarle.  
En el tiempo de espera,  
habla la diplomacia.  
Se busca un nuevo cauce para el diálogo,

una resolución pacífica al conflicto.  
La propuesta de paz  
ya está sobre la mesa.  
Solemnes y educados,  
los pacificadores  
reparten territorios,  
modifican los mapas,  
definen las fronteras.  
Un macabro festín  
en mesas de caoba  
mientras la calle llora  
la muerte de sus hijos.  
Miles de ciudadanos  
salieron a las calles,  
banderas y pancartas  
aclaman la visita.  
Vitorean y aplauden,  
agolpados,  
detrás de la barrera protectora.  
La mano que saluda.  
Una sonrisa.  
Danza de guardaespaldas y gorilas.  
A la luz de los últimos sondeos,  
ganar las elecciones  
es un hecho posible.  
Cenas de gala,  
fiestas benéficas,  
recaudar fondos,  
el dinero, motor de la campaña.  
Un cambio de estrategia,  
el candidato solo ante el peligro.  
“Soy un hombre feliz,  
-comienza su discurso-  
hoy estamos a un paso  
de conseguir la meta”.  
Éxodo callejero.  
Estalla la revuelta.  
Cócteles molotov,

coches quemados.  
Las fuentes oficiales  
no precisan las cifras.  
Muerte teñida de óxido y orina.  
Pastores de la muerte  
conduciendo el rebaño.  
La levedad es un salvoconducto  
para escapar con vida  
de esa trampa de alambres y metralla.  
Caucho quemado  
y hierros retorcidos.  
Atentos al silencio,  
palpando en las arterias de la noche,  
a cara o cruz se juegan  
su vida en las aceras.

Miradas de recelo  
entre los generales.  
Flechas cruzadas,  
dardos envenenados.  
En Bogotá conviven  
la fe con los fusiles,  
y entre los muertos flota  
la voz del evangelio.  
Estruendo de medallas oxidadas.  
Presagio de masacre.  
Halcones de alas blancas  
vuelan sobre Tocache.  
Huyen los insurgentes.  
Los viejos generales  
intercambian miradas.  
Su semen se derrama  
y sembrará de muertes el planeta.  
La muerte disfrazada  
con distinto ropaje:  
Matanzas, genocidios,  
masacres, represiones.  
Los gobiernos repiten

fielmente su tragedia.  
Pletóricos de un odio  
voraz e inevitable,  
cumplen siempre su ciclo,  
con los mismos errores.  
Mutilan, envenenan,  
ejecutan, torturan,  
asesinan testigos,  
distraen pruebas  
y ocultan sus desmanes  
en fosas colectivas.  
Manos anónimas  
aprietan el gatillo.  
Cada una recoge su cupo  
y se desliza  
mezclada con la herencia  
sagrada de los mayas.  
El presidente salta por los aires,  
o muere de un impacto de bala  
en la cabeza.  
Un panel de pantallas  
lo repite incansable,  
noche y día,  
en todos los lugares de la tierra.  
Un soldado se agacha  
y saca del escombro una muñeca.  
Se vuelve hacia la cámara  
y la muestra,  
cogida entre los dedos pulgar y corazón,  
como si fuese un pez.  
La cámara la enfoca,  
se acerca, haciendo un zoom.  
El soldado sonríe  
y la deja caer sobre las huellas  
de un carro de combate.

El este se desangra.  
Autoridad y fuerza se confunden.

El gigante del este  
cierra los ojos con delicadeza.  
Los campos de Passau  
florecen de esperanzas.  
Oriente y occidente  
comparten sus pecados.  
Actos solemnes,  
solemnas ceremonias.  
Cada página nueva  
se escribe con la sangre  
de un gesto desolado.  
Las palabras escritas  
ocultan las verdades.  
Cada hombre pelea  
por lo que necesita.  
La voz del hombre pobre  
pide pan.  
La voz del sometido,  
independencia.  
La voz del marginado,  
dignidad.  
Pero la dignidad  
es asunto de Estado,  
y siempre se cocina  
de puertas hacia adentro.  
En cualquier lugar del mundo  
emergen los enanos  
que amenazan el orden y el imperio.  
Treinta años de exilio.  
Vuelta a casa.  
Besar de nuevo el suelo de tu tierra.  
Se prepara el encuentro  
entre los mandatarios,  
los asesores cuidan  
los últimos detalles,  
la forma de la mesa,  
la luz y las cortinas.  
El insurgente dice:

“Van a cambiar las cosas,  
y eso también depende de nosotros”.  
Mientras tanto,  
alguien quiere cruzar la frontera.  
Un éxodo masivo.  
Se destruyen barreras  
y alambradas.  
En nombre de la fe  
todos lavan sus manos.  
Pilatos se encarama al estrado  
y se masturba.  
En Varsovia celebran  
un acto por la paz.  
Los generales duermen,  
abrazados al clero,  
con el pecho cargado de medallas.  
Una mujer adorna  
la tumba de un soldado.  
¿Cuántos soldados  
perderán hoy la vida?  
Entre un rumor de voces  
de condena,  
de pactos y de alianzas,  
el mundo se desgrana,  
pero los generales,  
ya han conciliado el sueño.

Cae la noche en Luanda.  
Las tropas del gobierno  
sofocan la guerrilla.  
Tu vida no vale mucho  
si tu piel es diferente.  
Tu vida no vale nada  
si eres blanco entre los negros,  
y vale menos que nada  
si eres negro entre los blancos.  
Generaciones de niños  
heridos por la violencia.

Barcos de refugiados  
vagando a la deriva.  
Las mujeres venden sueños  
en las calles de Namibia.  
¿Quién ha urdido las tramas del pasado?  
¿Quién urdirá las tramas del futuro?  
Un olor a podrido  
embalsama el planeta.  
Respiramos un aire  
turbio, denso y plomizo.  
Detrás de cada gesto  
hay algo sucio.  
Hay suciedad  
detrás de las medallas,  
detrás de los gobiernos,  
detrás de las iglesias,  
Detrás de cada hombre  
hay suciedad.  
El aire sopla sucio.  
Seguimos ajustando  
las cuentas al pasado,  
porque tenemos miedo  
de mirar al futuro.

Un periodista muere asesinado.  
Siete disparos mientras  
veía la TV.  
¿Lo matan desde dentro  
o desde afuera?  
Cuatro mujeres chinas se suicidan,  
ahogándose en un lago,  
para escapar de un matrimonio impuesto.  
La libertad es un camino  
que a menudo se cruza con la muerte.  
Un hombre es denunciado  
por denunciar la muerte  
de veinte mil personas durante la revuelta.  
Inevitablemente, se confundió en la cifra,

fueron veintemil uno.  
Se mezclan en el aire  
las voces y las bombas.  
Hay gente en los mercados,  
gente en los consulados,  
y el vendedor pregon a lo que vende:  
*Dátiles y aguacates,*  
*aceite y nuez moscada,*  
*miel, vinagre y melaza,*  
*frutas y especias.*  
*Pactos, negociaciones,*  
*concesiones y acuerdos,*  
*tratados, coaliciones,*  
*paz y resoluciones.*  
Cualquier cosa se vende,  
cualquier cosa se compra.  
Detrás de cada guerra  
alguien hace negocio.  
La tierra es un edén de mercaderes.  
Los vampiros reclutan  
sangre joven.  
Buscan en los mercados,  
observan las esquinas,  
se acercan cautelosos,  
taimados y colocan  
una mano en su hombro  
y les susurran:  
*Combate por tu gente,*  
*combate por tu patria,*  
*combate por la gloria.*  
Y luego, los adiestran,  
los arman,  
les inculcan deseos de matar  
y los llevan al frente.  
Su bautizo de fuego  
es cualquier guerra.  
Campos de minas  
y carros de combate.

Patrullando por calles solitarias,  
floreidas de espinos  
y de escombros.  
Pasados unos meses  
las tropas se repliegan.  
Todo indica  
que el frente está tranquilo.  
La moral está alta,  
y se han tomado  
algunas capitales importantes.

Cogidos de la mano  
los jóvenes protestan.  
Una cadena humana  
contra las injusticias.  
Turistas,  
refugiados,  
periodistas,  
que acuden  
al olor de la sangre  
y la carroña.  
La ambición y el soborno  
son motores  
que alimentan el mundo,  
los goznes de su eje,  
los pilares  
sobre los que se asienta.  
Mesiánico vaivén.  
Las armas son palabras  
y las palabras, armas.  
Sus confusos discursos  
de gestos ampulosos  
como gotas de lluvia.  
Pedazos de metralla  
que brotan de sus penes  
heróicos y exaltados.  
Flujos de lava  
caliente y espesa,

hambrienta y pegajosa,  
que desvasta y atrapa  
lo que encuentra a su paso.  
Ríos de esperma  
que brotan de su pecho  
cargado de medallas,  
de sus firmes pulmones,  
de sus gargantas secas.  
Brillo de espadas,  
de sables y arcabuces,  
de lanzas, mosquetones,  
granadas o misiles.  
Plaga de insectos.  
Rugido de cañones.  
La tierra se estremece.  
Llueven del cielo los paracaidistas  
como el soplo infantil  
de un molinillo  
Pedazos de metralla  
que flotan en el aire.  
La cabeza de turco  
que rueda por los suelos.  
Los viejos compañeros se traicionan.  
Otro beso de Judas se repite.  
Nadie quiere perder  
el tren de la esperanza.  
Nadie quiere perder  
el paso de la vida.  
Los viejos redentores,  
dogmáticos, creyentes,  
eternos ideólogos  
de un mundo desquiciado,  
contemplan impasibles,  
como se desmoronan  
sus obras y sus muros.

¿Quién designa los cambios?  
¿Quién marca los relevos?

El relevo de un hombre  
puede significar  
el comienzo de un cambio  
o el anclaje al pasado.  
Se desangra Berlín,  
un éxodo de ratas,  
una marea humana.  
Las voces de la calle  
claman por las reformas.  
Revuelo de futuros candidatos,  
reuniones en la cúpula,  
corros en los pasillos,  
dudas en el Partido,  
reuniones borrascosas,  
tácticas, maniobras,  
sonrisas, puñaladas,  
renuncias, conferencias,  
conjuras, ambiciones,  
injurias, improperios,  
insultos y agresiones.  
Una larga cadena  
que aplasta la esperanza  
de ingénuos ciudadanos.  
El tiempo, sin embargo,  
continúa su marcha.  
Ya es primavera en Praga,  
otoño en Leningrado,  
amanece en Varsovia,  
y en Budapest,  
festeja San Esteban  
la noche derrotada.  
Puedes pensar que tienes  
el control en tus manos,  
que manejas los hilos de tu vida,  
de lo que te sucede,  
pero tan sólo puedes  
rezar para que el techo  
al caer, no te aplaste.

El cielo se desploma.  
Durante unos segundos,  
la tierra se estremece,  
de poco sirve ser  
un atleta o un gigante,  
sólo puedes rezar,  
si aún lo recuerdas.  
Las suites están vacías,  
la gran final nunca llegó a jugarse,  
las emisoras disparan sus noticias:  
*Se necesita sangre,*  
*El agua está contaminada,*  
*El presidente acude el lugar de los hechos*  
*para apoyar a las víctimas.*  
Todos los mandatarios  
(menos Dios)  
envían telegramas  
y prometen ayudas.  
Todos los mandatarios  
(menos Dios)  
transmiten condolencias.  
¿Y Dios?  
¿Dónde está Dios?  
¿Están los ojos de Dios  
detrás de tanto infortunio?  
¿Está el olvido de Dios  
detrás de tanta matanza?  
¿Está el deseo de Dios  
en tanta confusión  
y tanta sangre?  
Se han cerrado las puertas  
de la tierra prometida.  
Caminos cerrados,  
trenes descarrilados,  
puentes que vuelan,  
latas de conserva  
convertidas en bombas.  
Podéis matar al hombre

pero no su palabra.  
La palabra del hombre  
es inmortal.  
La palabra del hombre  
es infinita.  
Ante las armas  
las leyes enmudecen,  
pero no la palabra.  
No se puede matar  
la voz de los rebeldes.  
Siempre hay alguien que lanza  
la primera palabra,  
que levanta la voz,  
que se rebela.  
En Armenia  
se ha levantado un hombre  
y ha lanzado su voz  
contra las armas.  
Terremoto en Europa.  
El este se ha quedado sin aliento.  
Se mueven las fronteras.  
Nadie dice lo que cree.  
Nadie cree lo que escucha.  
Dejemos que la historia continúe.  
No somos, por fortuna,  
el último eslabón  
de la cadena.  
Buscad el ADN,  
el aliento común,  
la esencia de la vida,  
lo que comparten  
todas las especies.  
¿Cuántas balas creéis  
que se dispara el mundo cada día?  
¿Cuánta metralla engulle?  
¿Cuánta basura entierra?  
¿Cuántos muertos  
esconde en sus cloacas?

¿Cuántos huesos y dientes,  
mandíbulas y cráneos?  
¿Homo Sapiens, has dicho?  
La memoria  
es la sombra del pasado.  
Hay señales que avisan.  
La tierra se revuelve.  
Nos manda su mensaje.

Redadas y sirenas,  
coches de policía,  
encapuchados.  
Semillero de muerte.  
Traficantes de luz  
y de silencio.  
Sórdidos habitantes  
de un infierno brumoso,  
de un universo blanco.  
Desolados viajeros  
de mirada perdida,  
de movimientos lentos,  
perezosos.  
Autómatas heridos  
por la nieve.  
Famélicos fantasmas  
de mirada vacía,  
perdidos en la noche.  
Pasajeros de un viaje  
sin retorno.  
No sólo de la guerra  
se nutren los soldados.  
La patria pide auxilio  
y algunos no escucharon la llamada.  
Miles de seres grises  
corren a los refugios,  
haces de luz nocturna  
buscan al enemigo.  
Caza de brujas,

fogata de artificios.  
Amparado en la noche,  
Galileo recoje  
los restos calcinados  
y escapa sigiloso,  
cubierto de un gabán  
de terciopelo rojo.  
Y atraviesa ciudades,  
cruza países.  
Sus pies pisan Teheran,  
Beirut, Damasco, Argelia,  
Estambul y Somalia,  
Líbano, Cisjordania,  
Israel y Turquía.  
Y en las calles de Viena,  
se oculta en un portal  
marcado con la sangre  
de un cordero,  
mientras el Parlamento,  
acaloradamente,  
discute y delibera  
la utilidad de los apocalipsis.  
Los disidentes  
se enfrentan al sistema.  
Muertes deliberadas.  
Profesionales del crimen disfrazado.  
No hay pastel para todos.  
Ernest Jünger devora una hamburguesa  
rodeado de un coro  
de famélicos niños  
entonando canciones infantiles.  
Los pasos de Frank Arnold  
resuenan en la calle.  
Disparan en la noche los cañones  
hacia un cielo poblado  
de duendes y enemigos.  
¿Enemigos de quién?  
Ciento veinte columnas

nos sostienen.  
Wall Street se desploma.  
Jonás en el exilio.  
Johanesburgo vibra de alegría  
El portavoz declara  
que las negociaciones se reanudan.  
Fuentes bien informadas  
confirman el acuerdo.  
Alto el fuego inminente.  
La gente de color  
aún cree en los milagros.  
Dejad que la lluvia  
carcoma vuestras carnes.  
A los ojos de Dios  
lo singular no existe.  
Sólo un imbécil cree  
que este mundo  
es el mejor de los posibles.  
El futuro no puede  
parecerse al pasado  
Dejad que la lluvia  
moje vuestra miseria.  
Dejad que nos gobiernen  
los mutantes,  
que se aneguen las tierras,  
que se sequen los mares,  
que se apague la luz  
de las estrellas.  
¿Y qué si en el futuro,  
conocen un planeta diferente?  
La inteligencia ha sido  
la gran trampa del hombre,  
gracias a su eficacia,  
está el mundo poblado  
de seres infelices.  
Pero es la voluntad  
la que gobierna el mundo.  
Dios es la voluntad,

hace mover el viento,  
hace correr los ríos,  
hace temblar el suelo.  
El hombre sólo sabe lamentarse,  
pedir y suplicar,  
buscar consuelo.  
Pero la voluntad  
no se commueve,  
no siente compasión.  
Y el hombre busca a Dios,  
y cree en Dios,  
y habla con Dios,  
pero Dios, sólamente  
es un espejo.